

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



CADA PALABRA LO QUE VIVIMOS

Rvd. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado el Primer Domingo después de Epifanía
23 de Enero, 2022

NEHEMÍAS 8:1-3, 5-6, 8-10 | SALMO 19
I CORINTIOS 12:12-31A | SAN LUCAS 4:14-21

Después de que Jesús fue bautizado, el Espíritu Santo lo llevó al desierto para ser tentado por el diablo durante cuarenta días y cuarenta noches. Nuestros cuerpos pueden estar sin agua durante unos tres días. Jesús estuvo en el desierto solo por la cantidad de tiempo que el cuerpo humano puede pasar sin comer.

El diablo es ese espíritu que nació en el mundo por la posibilidad de la libertad humana. Es el espíritu del engaño, sí. Pero también el espíritu de rebeldía. El diablo, como decimos, es mentiroso y ladrón. Lo primero que le dijo al diablo, quien le sugirió que convirtiera en pan las piedras que tenía delante, fue que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Como la Biblia cuenta la historia, Dios escogió a Noé para pastorear las cosas creadas por Dios durante los cuarenta días y cuarenta noches del diluvio. Entonces Dios escogió a un pueblo para asentarse en una pequeña parcela de tierra en lo que se convertiría en la encrucijada de los grandes imperios del mundo. Siempre fueron una pequeña familia de tribus. Lo suficientemente grande como para ser un pueblo, nunca lo suficientemente grande como para gobernar a otros, nunca gobernando a sí mismos de acuerdo con la palabra que entendieron que Dios les habló.

Dios escogió a este pueblo para ser su posesión especial no porque fueran grandes, sino porque podrían ser una luz para las naciones, como una especie especial de ejemplo y prueba de su existencia e intenciones para este mundo. Su pueblo fue desobediente. Literalmente se vendieron unos a otros como esclavos. Y la gran epopeya de la biblia es cómo Dios los libró de esa esclavitud, no tomándose cuarenta días, sino cuarenta años en el desierto.

Pero esa no es toda la historia. Una vez liberados de la esclavitud, prosperaron y se convirtieron en una nación. Pidieron un rey, y Dios les dio un rey. David y Salomón fueron quizás un punto alto de fidelidad en Israel, pero ciertamente no fue perfecto y no duró más allá de ellos. La nación sería dividida, la mitad norte conquistada y el remanente restante para siempre a merced de los grandes imperios.

Y así, el éxodo de la esclavitud autoimpuesta llevó al exilio durante setenta años en Babilonia. El número setenta es tan importante como el número cuarenta. El número setenta, que marcaba el lapso de aproximadamente dos generaciones, era el número de renovación, restauración, reconciliación y retorno. Era la ley del Jubileo dada a ellos en el desierto. Moisés les ordenó, cada setenta años, observar el año del Jubileo, o como lo llamó el profeta Isaías, el año del favor del Señor.

Cada setenta años las tribus, las familias de Israel podrían volver a comprar cualquier tierra que les fuera arrebatada, y todas las deudas serían perdonadas.

Lamentablemente, esta ley que recuerda claramente a las personas quién es dueño de todo y su relación con ellos y entre ellos, era más un ideal que una realidad. Aunque cada siete años se podía perdonar una deuda, hay poca evidencia de que cada setenta años el pueblo en su conjunto se restauró el uno al otro su herencia legítima y honró el hecho de que Dios era el dueño de todo.

Con todo esto en mente, escuchamos hoy, como podemos cualquier día, abrimos el rollo de Nehemías, la historia de lo que sucedió cuando el pueblo regresó del exilio, luchó para reconstruir el muro del templo y, a pesar de todos los desafíos internos y externos, tuvieron éxito.

Esdras y Nehemías reunieron al pueblo en la puerta de las Aguas y desde temprano en la mañana les leyeron durante unas seis horas. Lo más probable es que Esdras leyera las partes principales de Génesis, Éxodo y Números, y terminara con los tres grandes sermones de Deuteronomio. Aquí, en la Puerta de las Aguas, la gente comenzaría a entender cómo Dios los había salvado a través del agua. Desde el Diluvio, a través del Mar Rojo, hasta el Río Jordán, desde el Exilio por las aguas de Babilonia por el Jardín del Edén, y de regreso a la Puerta de las Aguas.

Y la gente lloró. Lágrimas de asombro. Lágrimas de alegría. Porque quién no podría entender, escuchando toda esa historia de golpe, qué milagro fue que el pueblo de Israel existiera. Ezra les dice. no llores Alegrarse. Dios te está hablando de nuevo. La palabra de Dios permanece para siempre.

Es un hecho, ya sea que estudiemos las páginas de la historia o la historia genética encontrada en los huesos fósiles de la tierra, hay muchos clanes y pueblos que han desaparecido de la faz de la tierra, cuya historia y ADN ya no existen. De hecho, dada la historia del siglo XX, la maldad demoníaca del nazismo, sabemos bien que es un milagro que los judíos todavía estén aquí, escuchando su historia, viviendo de la Palabra de Dios.

Finalmente, su historia predice la venida de un Mesías, uno que cumplirá todas las promesas que quedan. Se puso de pie en una sinagoga en Nazaret, habiendo regresado él mismo de su prueba en el desierto, para anunciar el comienzo de este proceso. El año del favor del Señor, el comienzo del Jubileo. Los pobres y oprimidos serían puestos en libertad. Los cojos y los ciegos andarán sanos y en la luz.

Jesús nos dice que hoy, sí, este día, puedes nacer, no solo del agua, sino del Espíritu. Porque los que nacen del Espíritu, vivirán para siempre. Porque vivimos de cada palabra que viene de Dios.

Jesús se sienta y nos reta a todos a comprender que en su historia todas las historias se unen, todas las historias tienen su sentido final. Hoy en vuestros oídos se cumple la Escritura. Amén.